



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

CAPÍTULO XIX

CONFERENCIA INTERNACIONAL DE BRETTON WOODS (1944)

Antes de que concluyera la administración del señor Presidente Roosevelt en los Estados Unidos, éste decidió convocar a una conferencia con objeto de discutir los problemas monetarios de carácter internacional que necesariamente deberían presentarse en forma aguda al terminar la Segunda Guerra Mundial. El Secretario del Tesoro americano se puso en contacto con el gobierno de la Gran Bretaña y ésta designó al distinguido economista John Maynard Keynes, que ya entonces era lord Keynes, para que colaborara, juntamente con los expertos del gobierno de los Estados Unidos, en la formación de un plan de institución o instituciones que deberían servir para dirigir y resolver los problemas monetarios de la posguerra. Lord Keynes elaboró un proyecto general de una sola organización que debía servir de banco central de los bancos centrales de los países miembros de la organización y que se encargaría de dirigir operaciones a largo y a corto plazo.

Por su parte, el doctor White, distinguido consejero del Tesoro americano, presentó un proyecto que difería considerablemente del proyecto Keynes. A mi juicio el proyecto inglés era de una amplitud mayor, y de haberse aprobado

habría resuelto muchos de los problemas que aún hoy en día preocupan a los estadistas de los diversos países, tanto en Europa como en el resto del mundo. El Tesoro americano consideró que el plan de lord Keynes, por novedoso y por su gran amplitud, difícilmente sería ratificado por el Senado de los Estados Unidos, y el mismo lord Keynes pensaba que su plan, por las mismas razones, encontraría seria oposición en el parlamento británico. En la discusión entre los expertos ingleses y americanos se llegó a formular un plan mixto. En lugar de una institución única se propuso la creación de dos instituciones: un banco mundial para hacer préstamos a largo plazo a los países que formaban parte de la organización, y un fondo monetario que serviría para resolver desajustes transitorios de los países que formaban parte de la organización, y que tenía como sus principales miras la de evitar la guerra financiera entre diversos países por medio de devaluaciones monetarias para ganar ventajas en el comercio exterior, y la de prestar asistencia a los bancos centrales que se encontraran en dificultades temporales. El propio Secretario del Tesoro de los Estados Unidos tuvo la deferencia de invitar a la Secretaría de Hacienda de México a que enviase dos representantes para que conocieran el proyecto que se iba a presentar a la Conferencia Internacional e hicieran las observaciones que consideraran oportunas. Por nuestra parte se nombró al señor licenciado Espinosa de los Monteros, entonces director de la Nacional Financiera, y al señor don Rodrigo Gómez, subdirector del Banco de México y hombre de vasta experiencia en asuntos, principalmente, de cambios internacionales.

La Conferencia Internacional se reunió en Bretton Wood, estado de New Hampshire, en el noroeste de los Estados Unidos, y se designó como lugar para celebrar la conferencia el gigantesco hotel Washington, situado en la misma región.

La delegación mexicana estuvo constituida por el Secretario de Hacienda, como presidente; por don Daniel Cosío Villegas, entonces distinguido colaborador del Banco de México; por el propio don Rodrigo Gómez; por el licenciado Espinosa de los Monteros, y por el señor Víctor Urquidi, entonces joven funcionario del Departamento de Estudios Financieros del Banco de México, y que después se ha desarrollado brillantemente en actividades financieras nacionales e internacionales. El señor Urquidi, que había sido educado en Londres y que hablaba con perfección la lengua inglesa, fue un colaborador brillante al lado de los delegados de mayor edad y experiencia que representaron a México.

El deseo del gobierno americano era que los tratados fuesen discutidos y aprobados en un plazo perentorio, y para ese fin organizaron la Conferencia en forma tal que, rodeado el hotel Washington por la policía militar de los Estados Unidos, no se podía ni entrar ni salir de la sede de la Conferencia si no era mediante un permiso especial del presidente de ésta, de manera que los delegados dormíamos en apartamentos especiales del propio hotel y trabajábamos sin abandonar el local durante los días que duraron las deliberaciones. Nos invitábamos frecuentemente a comer, siempre dentro del hotel, unas delegaciones a las otras; así, por ejemplo, nuestra delegación muchas veces era invitada por la delegación rusa, formada por distinguidos especialistas de aquel país, en lo privado de un trato agradable, no así en lo oficial, pues generalmente asumían una actitud arisca objetando casi todas las propuestas.

Es costumbre en las conferencias internacionales que el más alto funcionario del país anfitrión sea designado presidente de la conferencia, pero esa costumbre es siempre ratificada por un acuerdo que se toma en la primera asamblea general con todos los delegados. El señor Morgenthau, Secretario del

Tesoro de los Estados Unidos, a quien yo había tratado con bastante frecuencia por asuntos relacionados con nuestro país, tuvo la deferencia de pedirme que yo propusiera que se le nombrase presidente de la Conferencia, y se arregló que los primeros delegados de los países más importantes representados en la Conferencia apoyaran mi proposición. Hice un pequeño discurso proponiendo al señor Morgenthau, y, según lo acordado, mi propuesta fue apoyada por los delegados de los países más importantes representados en ella. Ya constituida la Conferencia, y designado el señor Morgenthau como presidente, ésta se dividió en tres partes: la primera, y con mucho la más importante y compleja, estudiaría el proyecto de organización del Fondo Monetario Internacional, difícil porque se trataba de crear una organización que tenía muy pocos precedentes en la historia financiera; esta comisión iba a presidirla el señor White en representación del presidente de la Conferencia. La segunda comisión debía discutir el proyecto del Banco Internacional, y se designó a lord Keynes para que la presidiese. El tema de esta comisión era mucho más sencillo, pues se trataba de organizar un banco semejante a los ya existentes. La tercera comisión debería estudiar proyectos conexos con los temas principales y cualquier otro tema que se presentase a la discusión de la Conferencia, y quiso el presidente, señor Morgenthau, que yo la presidiese. Para asistir a las deliberaciones de la comisión que presidió el doctor Harry White estaríamos presentes todos los delegados, a fin de estudiar conjuntamente los varios y difíciles problemas que se discutían a medida que la Conferencia siguiera su curso, y se designó al señor licenciado Daniel Cosío Villegas para que representara a nuestro país en la comisión relativa al banco mundial.

Las delegaciones en general estaban brillantemente representadas por secretarios de Hacienda y directores de los bancos

centrales, y destacaba, entre todas, la delegación británica, presidida por el propio lord Keynes; como uno de los delegados principales de ella figuraba sir Dennis Robertson, famoso economista y profesor de la Universidad de Cambridge, autor de obras fundamentales en la ciencia económica. La delegación de los Estados Unidos estaba presidida, como se ha dicho, por el Secretario del Tesoro, quien se ocupaba principalmente de los problemas derivados de la organización y funcionamiento de la Conferencia y que no participó en las discusiones. El señor Harry White presidía la comisión que iba a elaborar el proyecto del Fondo Monetario Internacional, y con él colaboraba una nutrida delegación de la que formaba parte importante el señor Ed Brown, presidente del First National Bank, de Chicago, único banquero privado de la delegación y que de manera activa e inteligente participó en todas las discusiones. Además formaban parte de la delegación expertos como el profesor Hansen, de la Universidad de Harvard, y uno de los comentaristas más inteligentes de los Estados Unidos de las doctrinas económicas propugnadas por lord Keynes. Además se componía la delegación de un grupo de diputados y senadores del Congreso de los Estados Unidos. Imposible dejar de mencionar al señor Dian Acheson, distinguido abogado que por no ser ni economista ni financiero no participó activamente en las discusiones para la elaboración de los principios técnicos del Fondo y del Banco, pero que estaba listo para cooperar con su ciencia jurídica en los problemas legales que se presentaran. Era el señor Acheson un personaje que tenía todo el aspecto de un estadista inglés, irrefutablemente vestido y expresándose siempre en un inglés elegante. Yo lo había conocido desde que tuve que tratar algunos asuntos en el Departamento de Estado, del cual era funcionario de alta categoría. Después, durante la administración del presidente Truman, fue secretario de Estado, y

siguió colaborando, hasta su fallecimiento, con las administraciones de los Estados Unidos, donde era por igual consultado por demócratas y republicanos. Se me decía que debido precisamente a su elegancia personal y a su expresión refinada no era muy popular entre los senadores de los Estados Unidos, pero de todas maneras era altamente respetado por todo el mundo que tenía trato con él.

La delegación rusa estaba presidida por el señor Stepanov, vicecomisario de Comercio Exterior, y por un grupo de expertos de la Unión Soviética. La delegación de China Nacionalista la presidía el doctor Kieng, ministro de Hacienda, muy respetado entre sus correligionarios, pues se decía que era descendiente del propio Confucio; además estaba acompañado de importantes funcionarios del régimen nacionalista chino.

La delegación francesa no pudo llegar sino a las últimas sesiones de la Conferencia, y estaba representada por el señor Mendes France, Secretario de Hacienda de su país.

Los países latinoamericanos estaban representados por distinguidos funcionarios, ya sea ministros de Hacienda o directores de los bancos centrales, o ambos. Desde luego se estableció, como acontece en la mayor parte de las conferencias internacionales, una gran camaradería y solidaridad entre sus miembros. Llegamos a formar todos los delegados latinoamericanos un poderoso bloque que discutía los asuntos en privado para luego defenderlos en común en la Conferencia. Concluimos que América Latina, por su importancia y por la solidaridad que siempre manifestaron sus miembros en los graves problemas internacionales, tenía derecho a contar con dos delegados permanentes en el consejo directivo del Fondo.

Fuimos particularmente activos en las gestiones para que se aprobara por la Conferencia esta disposición, el señor Ma-

chado, primer delegado de Cuba, los delegados mexicanos, que teníamos cierta influencia entre nuestros colegas por la amistad personal con que nos distinguía el presidente de la Conferencia, señor Morgenthau, y el señor Lleras Restrepo, que entonces era ministro de Hacienda de Colombia y que llegó a ser presidente de la república. Comunicamos nuestro proyecto al primer delegado del Brasil, señor Souza Costa, ministro de Hacienda, y nos manifestó que nuestro proyecto era de imposible realización, pues otros grupos de países que tenían las mismas circunstancias que nosotros pedirían también tener delegados permanentes.

Nuestros argumentos convencieron tanto al señor Morgenthau como al señor White, en buena parte por la simpatía que ambos sentían hacia nosotros, y se acordó que tuviéramos dos delegados permanentes en el consejo del Fondo Monetario. Después los latinoamericanos han conseguido que sean tres los delegados permanentes de América Latina.

Cuando le comunicamos a Souza Costa que, a pesar de su escepticismo, habíamos triunfado, entonces nos dijo que él creía que el Brasil tenía derecho a uno de los dos asientos permanentes, a lo que, por supuesto, nos opusimos el resto de los delegados latinoamericanos, diciéndole que seguramente uno de los delegados tendría que representar a los estados de América del Sur, que el Brasil tendría muchas probabilidades de ser electo entre los países de esa área geográfica, y que él tendría que luchar para que su país obtuviese los votos, pero que de ninguna manera se le asignaría un asiento permanente, pues “por muy importante que sea el Brasil”, le dijimos, “no puede ser igual que cualquiera de los grandes países europeos como Francia, Alemania, o Italia, que no tienen asiento permanente”.

Después de acaloradas y brillantes discusiones fue aprobado el proyecto del Fondo Monetario en que las grandes

potencias, la Gran Bretaña, los Estados Unidos, Rusia y China, tuvieron asignados representantes permanentes en el directorio ejecutivo de la institución. Esta funcionó correctamente durante los primeros años de su establecimiento, pero pronto se notó que había que introducir importantes reformas para que llenase los fines que se propusieron sus autores en Bretton Woods, y estas dificultades, que aún subsisten, se agravaron considerablemente cuando el gobierno de los Estados Unidos suspendió las ventas de oro a los bancos centrales al precio de 35 dólares la onza.

Yo creo, y así lo manifesté en una conferencia que pronuncié en la Escuela de Economía de la Universidad Nacional, que desde el punto de vista técnico el plan presentado por lord Keynes era muy superior al que se aprobó en Bretton Woods. Un banco central de bancos centrales operando internacionalmente como éstos operan en el mercado doméstico hubiese regulado la circulación interna, mediante los instrumentos usados por los bancos centrales, haciendo préstamos a corto y largo plazo, operando en el mercado internacional adquiriendo o vendiendo valores, y administrando una reserva competente de oro para sí y para los bancos centrales nacionales, habría desde entonces resuelto, en mi concepto, todos los problemas que después se han presentado. Razones políticas, como se ha dicho, impidieron la aprobación del plan del genial economista inglés, que era demasiado novedoso y original, por lo que se temió que espantaría a los legisladores de los dos principales países cuya aprobación era indispensable, la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

En la segunda comisión, que presidió el propio lord Keynes, y en la que nos representó el señor licenciado don Daniel Cosío Villegas, hubo menos discusiones que en la formulación de los estatutos del Fondo Monetario, pues se trataba,

en lo fundamental, de un banco con las facultades y los recursos para hacer préstamos a largo plazo. Lord Keynes leyó en la primera sesión su proyecto, y pidió a los delegados que presentasen proyectos de objeción o de enmiendas. En aquella época se creía que el problema más urgente era el financiamiento de la reconstrucción. La delegación mexicana presentó en el acto una enmienda, arguyendo que aunque la reconstrucción de los países devastados por la guerra era un problema urgente al que había que dar atención inmediata, este problema debía tener necesariamente un carácter transitorio, pues se creía que en pocos años quedarían reconstruidos los países devastados; que se esperaba que la institución funcionara indefinidamente y que los problemas del desarrollo económico ocuparían un lugar importante en forma indefinida, a los cuales el banco debería prestar entonces toda su atención. En la sesión siguiente, lord Keynes manifestó que había leído todas las propuestas de enmiendas, y que la única que merecía su aprobación era la presentada por la delegación mexicana, que había pensado que el banco sería no simplemente un banco de reconstrucción, sino un banco de reconstrucción y de desarrollo. Le consultó a nuestro representante si estaba conforme en que se aceptara esta denominación para el banco y se hiciesen las reformas conducentes para que llenase ambas funciones. El licenciado Cosío Villegas contestó que la sugestión del presidente era satisfactoria; otros delegados protestaron diciendo que ellos también habían presentado enmiendas y que creían que debería concedérseles la debida atención. Uno de los que protestaron fue precisamente el director del Banco Central de Noruega. Lord Keynes le leyó su propuesta y agregó estas palabras: "¿Tiene sentido esta oposición? Propongo, pues, que sin más se la deseche." Lord Keynes era indudablemente un hombre de gran inteligencia y de una elocuentísima pala-

bra, tanto cuando escribía como cuando hablaba; pero en los últimos años de su vida, y debido tal vez a la pesada carga que llevaba sobre sus hombros como principal consultor financiero del gobierno británico durante la guerra, su carácter se agrió y se volvió altamente irónico y hasta grosero en ocasiones. En una ocasión, en plena Conferencia, dijo que él no sentía simpatía hacia los abogados, y, agregó: "Son capaces de declarar ilegal el sentido común." En otra ocasión también manifestó que los abogados eran capaces de convertir la poesía en prosa y la prosa en jerigonza, despertando estas observaciones marcado disgusto entre los muchos abogados que formábamos parte de la Conferencia. En otra ocasión, cuando se presentó a discutir con el secretario Morgenthau difíciles problemas financieros entre ambos países, después de intercambiar cortesías, dijo al secretario del Tesoro: "Vamos, pues, a tratar nuestros negocios. ¿Dónde está tu abogado?", preguntó lord Keynes. Morgenthau le manifestó que él no creía necesario traer abogado, a lo cual lord Keynes le contestó: "Entonces, ¿quién es la persona que piensa por usted?"

Durante la Conferencia desplegó la misma capacidad de trabajo que en Londres; el señor Morgenthau me dijo una vez que la señora de Keynes, que había sido bailarina en su juventud, se le presentó llorando en su despacho para decirle que la Conferencia estaba matando a su marido, que ya había tenido algún desfallecimiento, y que le urgía que el ritmo de la Conferencia no continuara en forma tan rápida, que después de todo no era tan urgente que quedaran resueltos los puntos sometidos a ella en tan breve plazo.

El señor Morgenthau nos concedió algunas horas de asueto, principalmente los domingos, para que oyéramos música o viéramos películas, suspendiendo los trabajos para descanso de todos. La segunda Comisión, pues, presidida por lord Keynes, aprobó rápidamente su proyecto con la enmienda

mexicana, y es el que actualmente rige al Banco de Reconstrucción y Desarrollo de Washington.

La tercera Comisión, que a mí me tocó presidir, resolvió asuntos de detalle conectados con los temas principales. Nosotros presentamos un proyecto para que se considerase la plata como metal monetario. Sabíamos que la corriente de opinión en el mundo estaba en contra de toda especie de bimetalismo y que nuestra propuesta estaba destinada al fracaso; pero teniendo la plata el papel importante que tenía entonces en la economía mexicana, quisimos que hiciese acto de presencia en la Conferencia Monetaria, y se aprobó, creo que más bien para darnos gusto en alguna disposición poco práctica, que los bancos pudiesen constituir sus reservas con la proporción en plata que ellos desearan. Se discutieron varios asuntos de carácter legal, y en ellos tomó parte muy activa el señor Acheson. Canadá estuvo representado por su Secretario de Hacienda, de raza anglosajona, Desley, pero parece ser costumbre de los canadienses que en las delegaciones que mandan al extranjero estén representados los dos grandes grupos étnicos del Canadá, el anglosajón y el francés. A Bretton Wood asistió como vicepresidente de la delegación, aunque su presencia fue puramente formal, pues no tomó parte en ninguna discusión, el señor St. Laurent, distinguido abogado de Montreal que ocupó el puesto de primer ministro de Canadá al retiro del señor Mackenzie King. Cuando me fue presentado, me dirigí a él en inglés, pero el señor St. Laurent me dijo: “Usted es latino y no permito que me hable en inglés. Le ruego que me hable en francés”, lo cual tuve el gusto de hacer. Días después, al visitar yo el parlamento del Canadá, oí al señor St. Laurent diciendo un elocuente discurso en inglés para aprobar una ley sobre pensiones que había presentado el gobierno y que combatía la oposición. Al felicitarlo por su brillante alegato le dije: “Usted es latino y me ha llena-

do de sorpresa el escuchar su discurso en perfecto inglés.” “Amigo mío”, me contestó, “la política nos obliga en muchas ocasiones a cometer pecados como el que usted me ha reprochado.”

Tuve también la oportunidad de hablar largamente con el señor Edward Brown, Presidente del First National Bank de Chicago, el único banquero privado que asistió como delegado a la Conferencia y que participó en forma activa en los trabajos de la misma, haciendo con frecuencia observaciones juiciosas, inspiradas en su gran experiencia financiera. El señor Brown conocía a fondo la historia contemporánea de México, desde principios de la revolución, pues había adoptado la costumbre de venir cada año a nuestra capital por algunos días. Durante su estancia no visitaba a sus colegas, los banqueros de México, ni siquiera a las autoridades del país, sino que hablaba con la gente común, con muchas personas que encontraba en la calle, y directamente, en esa forma, conocía las opiniones del pueblo sobre los problemas, y acerca de las personalidades que gobernaban el país.

Estando en Bretton Woods, se presentó un pintoresco personaje, el señor Abramov, judío sefardita nacido en Bulgaria y que, como tal, hablaba en español del siglo XVI. Representando a una compañía inglesa, impresora de billetes de banco, había hecho una considerable fortuna en China; se había retirado de los negocios en ese país y había venido a radicar a México, donde, con gran sorpresa de muchos de nosotros, que teníamos la idea de que quien triunfaba en los negocios en el Oriente debería tener una gran capacidad, no tuvo en nuestro país el éxito que había tenido en China. Se presentó en Bretton Woods en un magnífico automóvil nuevecito a visitar a sus amigos de la delegación de China, los señores Kung y Soong, con quienes cultivaba relaciones de amistad bastante íntimas. Fue recibido con gran cordialidad por los miembros de dicha delegación y tuvieron juntos varios

convivios. Por supuesto que estuvo a saludarnos; al despedirse nos dejó su flamante automóvil para que lo usáramos todo el tiempo que yo creyese conveniente, rogándome que al regresar a Nueva York lo depositara en un garage de esa ciudad, cuya dirección me dejó, recomendándome, por supuesto, que proveyese al coche de gasolina y aceite; para mí esto no ofrecía ninguna dificultad, pues aunque todavía era época de guerra y la gasolina estaba racionada, nosotros, los delegados de la Conferencia, estábamos provistos de boletos de racionamiento para poder adquirir toda la que necesitásemos a precio de mercado.

Durante la Conferencia de Bretton Woods se celebró en la ciudad de Chicago la convención que designó al Presidente Roosevelt candidato del Partido Demócrata para una cuarta reelección, y al señor Truman como vicepresidente. Era tan gris la personalidad de éste y tan desconocido en los medios políticos y oficiales de los Estados Unidos, que cuando inquirimos entre los miembros de la delegación americana, entre los cuales se encontraban algunos integrantes del Congreso del Partido Demócrata, quién era el señor Truman había sido presidente de una comisión que se denominó Comisión Truman, que arregló satisfactoriamente algún importante asunto laboral, y que era conocido y respetado en los medios obreros. Se sabía que, como es usual en las convenciones en los Estados Unidos, al preguntársele al presidente, señor Roosevelt, quién era la persona que él deseaba que lo acompañase como vicepresidente en la fórmula en la que se iba a presentar a los electores, a pesar de que debe haber sabido que le quedaban pocos años de vida, prestó tan poca importancia para la designación del vicepresidente que manifestó que se le consultase al señor Sidney Hillman, líder obrero; de manera que fue éste, un líder laboral, el que designó al que había de ser, durante cerca de dos períodos presidenciales, Presidente de los Estados Unidos.

1. *Una visita al Canadá*

Al terminar la Conferencia, recibí por teléfono la invitación de nuestro embajador en Canadá, doctor Del Río, para que lo visitara en ese país; deseaba particularmente que le ayudase a escoger casa para la embajada de México, pues en aquel momento él residía en un hotel de Ottawa. Había recibido ya instrucciones de adquirir un edificio, pero no decidía cuál de las propiedades que había visitado le convenía más adquirir, y por lo tanto solicitaba mi cooperación para ayudarlo a hacer una buena compra. Manifesté a nuestro embajador que con gusto iría a visitarle en Canadá, siempre que mi visita fuese estrictamente privada, y que no quería que me ofreciese ninguna recepción oficial ni ningún agasajo que tuviese este carácter, pues temía despertar los celos de mi amigo, el señor licenciado Padilla, a la sazón Secretario de Relaciones Exteriores, y que algunas veces ya había manifestado que yo estaba invadiendo sus terrenos, haciendo política en el campo internacional. Así me lo ofreció el señor embajador Del Río, y en el coche que bondadosamente nos había prestado el señor Abramov me trasladé a Canadá, acompañado de don Rodrigo Gómez y de don Antonio Espinosa de los Monteros, que ayudó manejando el coche. El señor embajador nos ofreció que nos esperaba en su automóvil en Rouses Point, en la frontera entre Canadá y Estados Unidos, y como la distancia entre este punto y Bretton Woods era realmente corta, en pocas horas estuvimos en Canadá con nuestro amigo. Comimos excelente pescado en Montreal y seguimos para Ottawa, donde ya el embajador nos había reservado habitaciones en el hotel. A pesar de la promesa que me hizo de no hacer ningún agasajo oficial en honor de los delegados a la Conferencia de Bretton Woods, y llevado de la cordialidad que siempre mostraba para

sus amigos, organizó una gran comida, que ofreció en honor de los delegados, y acudieron a ella, desde luego, todos los ministros del gabinete en el gobierno del señor Mackenzie King, a excepción de éste, que se excusó por tener que pronunciar ese día un discurso en el parlamento sobre un asunto de gran importancia. Dos miembros de la oposición conservadora pidieron al señor Del Río que les mandara invitación a la comida y asistieron a ella, así como los gerentes de los grandes bancos canadienses y de las compañías de seguros de Canadá, es decir, asistieron a la comida organizada por el embajador todos los representantes más importantes del mundo oficial y financiero de aquel país.

El señor King dijo que tendría mucho gusto en que asistiéramos a la sesión del parlamento para escuchar los discursos que ahí se pronunciarían, y que terminada la sesión nos recibiría en su despacho del mismo edificio, lo cual hicimos después, escuchando de hombre tan eminente, que había gobernado al Canadá por muchos años, sus opiniones con respecto a nuestro país y la conveniencia de intensificar los lazos no sólo políticos sino principalmente comerciales y financieros, por la razón de ser nuestras economías complementarias: ellos producían todo género de maquinaria y equipos que podían vender directamente a México, y estaban interesados en comprar productos que por razón del clima no se podían cultivar en Canadá y, en cambio, eran abundantes o podían serlo en nuestro país. Igualmente nos manifestó que el canadiense pasa la mitad del año con frío muy intenso, mientras que el clima de México, aun en el invierno, es bastante agradable, y debía establecerse un importante movimiento turístico de canadienses hacia México si nos proponíamos ambos gobiernos facilitarlos. En el terreno de las inversiones nos manifestó que el canadiense estaba acostumbrado a conformarse con ganar poco como compensación de

su capital, y que en México, según tenía entendido, el rendimiento era muy superior y, por lo tanto, más atractivo. Hicimos una visita protocolaria al gobernador inglés de Canadá, que entonces era el vizconde Adlo, miembro de la familia real inglesa y que había pertenecido al ejército británico. El señor Del Río se había captado las simpatías del gobernador, regalándole un traje de charro con todo y sombrero, que él había agradecido mucho. En nuestra conversación el gobernador, después de algunas copas de *whisky*, se quejó amargamente de los canadienses, quienes, en su concepto, estaban buscando una absoluta independencia de la Gran Bretaña, olvidando que su riqueza se debía en gran parte a la inmigración británica y al capital inglés que había traído, y que todavía en la actualidad, para no ser absolutamente incorporados por los Estados Unidos, tenían el apoyo que les prestaba el gobierno británico, y principalmente su marina de guerra.

El embajador nos manifestó también que vivía prácticamente prisionero dentro de su regia residencia, y que para abandonarla en cualquier acto oficial, o para pronunciarse públicamente sobre cualquier asunto, tenía que recabar previamente el permiso del gobierno canadiense.

Poco tiempo después, el gobernador aristócrata fue sustituido por el General Alexander, héroe de la Guerra Mundial y hombre sumamente distinguido y admirado en ambos países, de manera que, seguramente, como causó mejor impresión a los canadienses, contribuyó a estrechar las relaciones entre ambos países.

Visité con el embajador Del Río las tres propiedades sobre las cuales quería mi consejo para adquirir una nuestro gobierno. Debido a los altos impuestos que gravaban la propiedad raíz en Canadá, ésta había bajado enormemente de valor. Las tres propiedades que estaban en venta podríamos adquirirlas a precios bastante razonables. Una, que era la más hermosa, y

que podíamos comprar por una cantidad no superior a cien mil dólares canadienses, era demasiado grande y lujosa. Hice ver al embajador que siendo México un país pobre sería no solamente inconveniente sino ridículo que tuviésemos la que tal vez hubiese sido la mejor embajada en Ottawa; que además el precio del edificio era lo de menos, pues habría necesidad de amueblarlo, lo cual hubiese significado una inversión de varios millones si había de hacerse con la dignidad necesaria. La casa tenía una magnífica galería para esculturas y otra para exhibición de pinturas. Además de los gastos para amueblar tan elegante edificio, había que tener en cuenta los gastos de conservación de éste y del jardín, los cuales tendrían que ser demasiado elevados, y desde luego muy superiores a lo que el gobierno estaba decidido a autorizar para conservación de una embajada. El otro edificio que visitamos era modesto, muy bien situado a orillas del río Ottawa y en un lugar muy agradable, pero el señor Robertson, subsecretario de Estado y amigo del embajador Del Río, me dijo que el lugar no era apropiado para una embajada porque no había lugar donde estacionar coches, que pensáramos que en el invierno, que es la temporada de las recepciones de embajadas en Canadá, sería difícil que alguien aceptase las invitaciones a la embajada de México si tenía que dejar el coche a varias cuadras de la embajada y caminar cuando la nieve cubría los caminos de acceso a ella; que era cierto que el delegado apostólico acreditado en Canadá tenía su casa cerca de la que habíamos visitado, pero éste no daba recepciones de ninguna clase. Por último, aconsejé al embajador que se adquiriese una casa magníficamente construida con muy buenos materiales, edificada por un hombre rico de Ottawa que se veía obligado a venderla por los altos impuestos, lo cual no era obstáculo para nosotros, pues la embajada, de acuerdo con los principios de Derecho Internacional aceptados por el Canadá, estaba

exenta del pago de impuestos. El único inconveniente que se podía señalar era que estaba un poco alejada del centro de la ciudad, pero tenía la ventaja además de tener espacio suficiente en caso de que se quisiese ampliar el edificio. Algún tiempo después visité la ciudad de Ottawa, y la casa adquirida por nuestra embajada, que parecía alejada del centro, debido al crecimiento natural de la ciudad podía decirse que ya estaba situada en un lugar céntrico, en un barrio importante y muy poblado. El precio que pagamos por ella era una fracción insignificante del costo que había tenido originalmente.

El señor embajador Del Río tenía una magnífica posición en Canadá, lo cual explica las atenciones que recibimos, tanto del gobierno como del mundo financiero, lo cual llegó a provocar los celos de algunos otros diplomáticos latinoamericanos. A uno de ellos le oí decir al embajador Del Río que cuando su ministro de Hacienda había visitado Ottawa poco después de que lo hicimos nosotros, aun cuando él había ofrecido un banquete, la asistencia no había sido ni con mucho del número y de la calidad de las personas que había acudido a la invitación de la embajada de México.

Era el embajador Del Río médico de profesión, recibido en la Universidad de México y con estudios en su especialidad de neurología en París; cuando tuvo que desterrarse del país por haber participado en la rebelión del señor De la Huerta, ejerció su profesión en San Antonio, Texas. Era nativo de Veracruz, y tenía, como la gente de ese estado, el carácter franco y abierto, lo que le ganó muchas simpatías entre aquella gente reservada y fría. Era buen tirador y con frecuencia lo invitaban a participar en cacerías en las Montañas Rocallosas. Jugaba bien al *bridge* y al ajedrez, y era amante de la buena mesa y conocedor del buen vino; antes había ocupado la embajada en Guatemala y había llegado a ser íntimo amigo del Presidente Ubico, pero el Presidente se disgustó con él por-

que el embajador se negaba a entregarle a los perseguidos políticos que buscaban asilo en la embajada de México. Discretamente Ubico pidió al señor Presidente Cárdenas que retirara a Del Río, pues había dejado de ser persona grata, pero no hacía la petición oficial por no herir a nuestro país. El Presidente Cárdenas aceptó la indicación de Ubico y ordenó su traslado a Canadá.

Terminada nuestra misión, desayunamos con el Seniority Club, un magnífico edificio situado entre Ottawa y Montreal y construido al estilo sueco, con gruesos troncos de madera; de ahí proseguimos por la bella carretera que rodea al lago Champalín, y que después atraviesa los cinco lagos en forma de dedos de guante en un paraje extraordinariamente bello; el embajador Del Río tuvo la gentileza de acompañarnos hasta llegar a Nueva York.